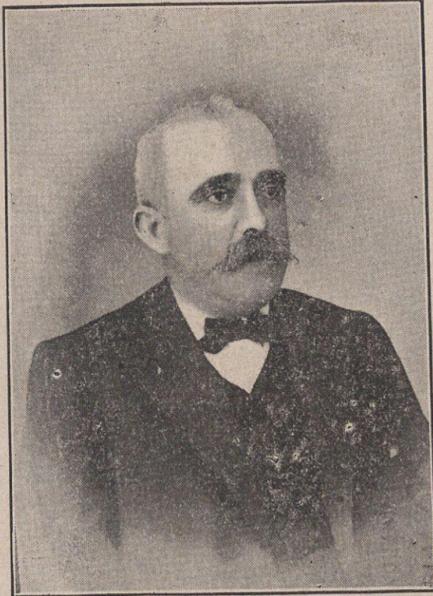


LA TARDE DE LORCA

Dirección y administración. P. Carlón, 10

Director: J. LÓPEZ BARNÉS

Diario independiente.



Don José Alcolea Carrasco, iniciador y protector de la Banda de música de Puerto de Lumbreras.

A guisa de comentario.

Lector: hace tiempo, que un hombre de voluntad férrea, inquebrantable, casi de hierro, concibió la idea de organizar en Lumbreras una Banda de música para recreo y solaz de aquel pueblecito hospitalario y simpático: La idea fue acogida con gran entusiasmo por parte de todos, y nadie regateó los plácemes y alabanzas que aquel hombre merecía por su feliz iniciativa. Esta se llevó a efecto, y hoy cuenta este pueblecito con una Banda formada por músicos infantiles, tan disciplinados, que al verlos en perfecta formación y con garbo marcial tocar un paso doble, lágrimas de emoción se agolpan á los ojos.

No-otros, con esa emoción innata que todo buen español siente, nos apresuramos á preguntar á uno de los muchos entusiastas que iban detrás de los diminutos músicos, quién era el factor principal de aquella obra; el preguntado nos respondió:— El factor principal de esta obra, el entusiasta y constante luchador porque esta empresa se llevase á cabo, se llama don José Alcolea; y á verle nos fuimos con el propósito de celebrar una interview con este infatigable protector de todo lo bueno amante de las Artes y del progreso cultural de sus convecinos.

Recibíonos con la amabilidad que le distingue, y nos hizo pasar á un elegante despacho. Por todas partes, veíanse objetos de música; aquí un atril, allí un piano, más lejos un violín...

El despacho del señor Alcolea, era el estudio de un amante al arte divino de Mozart.

Una vez en presencia de nuestro interlocutor, dijímosle el propósito que abrigábamos de dar publicidad, en el popular diario, LA TARDE DE LORCA, á la obra magna que había realizado, y el señor

Alcolea, nos contestó en estos términos.

—Agradezco en el alma la molestia que se han tomado al venir aquí, para informar al ilustrado público de Lorca de la pequeña intervención que yo he tenido en este asunto, y por lo tanto estoy á sus órdenes; puede preguntar cuanto guste.

Le dimos las gracias, y como zamos preguntándole.

—¿Cómo concibió V. la idea de organizar en Lumbreras una Banda de música, sin contar con ese factor principal, esencialísimo que se llama el Director?

—Verá V.—nos dijo.— Hace dos años, me escribió el Sr. Ruiz Marín, diciéndome, que abandonaba la plaza de Director de la Banda Municipal de Huercal-Overa, y que se ponía incondicionalmente á mis órdenes; yo propuse á mis amigos la idea de organizarla aquí, y todos se apresuraron gustosos á ayudarme por todos los medios posibles para lograr el mantenimiento del Director, proporcionándole buen número de alumnos para el estudio del violín y el piano...

...Y ya ve V.; antes no existía aquí ninguno de estos instrumentos; hoy, gracias á esta evolución artística se puede decir que en cada hogar, hay un músico, ó por lo menos, un propagandista del arte musical.

Al relatarnos esto, lo decía con tanto entusiasmo, con tanta pasión, que pronto nos convencimos de que había puesto alma y vida en la hermosa empresa.

—¿Qué ha costado la organización de la Banda?

—Unas cuatro mil pesetas—nos dijo—entre instrumentar y uniformes.

—¿Y de qué medio se valieron, para reunir ese puñado de miles de pesetas?

—¡Ah! muy sencillo; por medio de estudiantina, de rifas y de un Koscio ó especie de Tómbola, que ya se inauguró en los días de Pascua.

—¿Y el Ayuntamiento de Lorca no ha cooperado con

nada para la empresa que usted ha llevado á cabo?

—No señor, con nada.

En la contestación del Sr. Alcolea, vimos un reflejo de tristeza que nos hizo pensar en el olvido en que está este pueblecito tan alegre y simpático cuando el astro rey le dirige sus luminosos rayos, y tan triston y obscuro, cuando la noche lo envuelve con su negro manto.

Nos despedimos afectuosamente de don José, estrechando con efusión su mano honrada, trabajadora y caritativa, de la cual el menesteroso recibe ese bálsamo consolador que mitiga las penas. Mostrámosle nuestra gratitud por haberse prestado tan benévolamente á darnos estos datos, los cuales te comunicamos, queridísimo lector, por si este ejemplo sirviera de base para alentar á los hombres de buena voluntad, á que luchen con afán y con denuedo por el engrandecimiento de nuestra patria chica.

El Director

Este Director que te presento, lector amigo, no es uno de tantos; no es el viejo y anticuado profesor, es el genial, el artista, el simpático don José Ruiz Marín.

El cronista deseaba celebrar una interview; quería admirar al maestro consumado; quería, en fin, conocer todos sus triunfos y allá fué provisto de cuartillas, y..... ahora,



Don José Ruiz Marín, eminente violinista, primer premio del Conservatorio de Madrid y Director de la Banda.

voy á relatar lo que oí de sus propios labios.

—¿Mi vida?—me dijo el genial artista—se resume en dos palabras. A la edad de seis años comencé á tocar el violín; trabajaba con ahínco, con pasión, puesto que cada nota que daba vibraba en el fondo de mi alma. Mi única ilusión, es este instrumento

en el cual tengo cifradas todas mis venturas, todas mis esperanzas, y así continué hasta que á la edad de diez y ocho años, obtuve el primer premio del Conservatorio de Madrid.

Decía esto tan bajito, tan quedo, con tanta modestia, que no pudo por menos de emocionarnos esta humildad del joven artista. Después prosiguió:

—He recorrido España y parte del extranjero; he esta-

Por fin vencimos, y abriendo un cajoncito del elegante secreter, nos mostró una nube de periódicos.

Y ahora, lector, pasa tu vista por estos periódicos, y verás cómo resultan pálidos todos los reflejos de alabanzas que pudieran nacer de la humilde péñola de este cronista.

**

Del «Eco de Orense»

Del Concierto del Domingo

«De conformidad con nues-



Tómbola á beneficio de la banda, cuyos productos se destinan para el mantenimiento de aquella feliz institución.

do en Tánger, Gibraltar, Marsella y Portugal, y en todas partes me han recibido muy bien; y ahora me tiene V. aquí en Lumbreras, alentando la idea de un hombre que es un gran entusiasta del divino arte; de este hombre tan probo, tan culto, tan amable, que se llama don José Alcolea.

—Creanme,—nos dijo,—si hubiera muchos hombres co-

tro anuncio del sábado se celebró en los salones de la Sociedad Artística.

Sabíamos ya cuánto era el caudal de conocimientos musicales del profesor señor Ruiz del Moral y de su simpático hijo el joven violinista Pepito Ruiz Marín, á quien le está reservado un envidiable porvenir y estábamos deseando oír el sexteto formado bajo la dirección de ambos por los señores Serrapio de la orquesta de la Coruña, Rubio y Nóvoa de la banda municipal de esta ciudad y Sells, antiguo discípulo del señor Torrella del Ferrol.

A las diez en punto y ante numerosa y escogida concurrencia, se ha oído con religioso silencio los delicados acordes de *La fille du Regiment* y desde luego no pudimos menos de aplaudir el acierto de la maestría y admirable ejecución del joven violinista: ejecución secundada con afinación por los demás músicos del sexteto, que valió á todos una nutrida salva de aplausos.

Seguidamente tocaron las *Auras de Madrid*, escogida tanda de valsos, que entusias mó á la concurrencia.

Y así fueron ejecutando los demás escogidos números del programa, que fueron frenéticamente aplaudido con especialidad, la fantasía sobre motivos de *El Barbero de Sevilla*, de Rossini; terminando á petición del público con el

mo éste, otra cosa sería de esta pobre España en donde no reina más que el espíritu indolente, esa pereza tan castiza, tan netamente española.

—¿Y de sus triunfos?

—¿De mis triunfos? ¡para qué contarlos!

Nosotros insistimos; si, de sus triunfos, de esas ovaciones que V. ha tenido por toda España.